

A ginger tabby cat is sitting and looking directly at the camera. It is wearing a thick, knitted scarf in shades of blue and green. The background is a bright, out-of-focus indoor setting.

# El mundo según Bob

LAS NUEVAS AVENTURAS  
DEL ASTUTO GATO  
CALLEJERO Y SU AMIGO

JAMES BOWEN

James y su gato callejero se han embarcado en un extraordinario viaje juntos. En el tiempo transcurrido desde que su historia acabó plasmada en el libro *Un gato callejero llamado Bob*, James, con la ayuda de Bob, ha comenzado a encontrar su camino de vuelta al mundo real.

Casi a diario Bob le regala momentos de inteligencia, coraje y humor, al mismo tiempo que contribuye a que los ojos humanos de su amigo se abran a verdades fundamentales como la amistad, la lealtad o la confianza y, sobre todo, al significado de la felicidad.

En esta continuación de la historia de su vida juntos, James muestra las distintas maneras en las que Bob ha sido su protector y ángel guardián en momentos de enfermedad, privaciones e incluso peligros que ponían en riesgo sus vidas.

Y cuando entrechocan su mano y su zarpa para deleite de su corte de admiradores, James sabe que los trucos que le ha enseñado a Bob no pueden compararse con las lecciones que él ha aprendido de su astuto gato callejero.

*Para todos aquellos que dedican sus vidas a ayudar a personas sin hogar y animales en peligro.*

*Hay algo en la compañía de un gato... que parece dar un mordisco a la soledad.*

LOUIS CAMUTI

*Si el hombre pudiera cruzarse con el gato, eso mejoraría al hombre pero deterioraría al gato.*

MARK TWAIN

## Capítulo 1. El vigilante nocturno



Era uno de esos días en los que si algo podía salir mal, saldría mal.

Todo empezó cuando la alarma de mi despertador no sonó y me quedé dormido, lo que significaba que mi gato Bob y yo ya llegábamos tarde cuando nos subimos al autobús cerca de mi casa en Tottenham, al norte de Londres, en dirección a Islington, donde vendo *The Big Issue*, la revista de los sin techo. Apenas llevábamos cinco minutos de trayecto cuando las cosas se pusieron de mal en peor.

Bob estaba sentado en su posición habitual, medio dormido en el asiento al lado del mío cuando, de repente, alzó la cabeza y empezó a mirar alrededor con expresión de sospecha. En los dos años desde que lo conozco, la habilidad de Bob para olfatear los problemas ha sido prácticamente infalible. En pocos segundos, el autobús se llenó de un olor acre a quemado y el asustado conductor anunció que nuestro viaje se había «terminado» y que todos debíamos apearnos «inmediatamente».

No era desde luego la evacuación del *Titanic*, pero el autobús llevaba tres cuartas partes de su pasaje por lo que se produjo un gran caos de empujones y forcejeos. Bob no parecía tener prisa, así que dejamos que se pelearan y fuimos de los últimos en bajar, lo que, como después pude

apreciar, fue una sabia decisión. Puede que el interior del autobús oliera fatal, pero al menos estaba calentito.

Nos habíamos detenido frente al solar de un edificio en construcción y un viento gélido se colaba a ráfagas a través del espacio vacío. A pesar de las prisas por salir de casa, me alegré de haber abrigado el cuello de Bob con una gruesa bufanda de lana.

El incidente resultó ser solamente un motor sobrecalentado, pero el conductor tenía que esperar a que apareciera un mecánico de la compañía para arreglarlo. Así que, entre los gruñidos y las quejas, alrededor de dos docenas de personas estuvimos esperando en el gélido pavimento durante casi media hora mientras llegaba un autobús de reemplazo.

El tráfico a esa hora avanzada de la mañana era terrible, así que para cuando Bob y yo llegamos finalmente a nuestro destino, Islington Green, llevábamos en la calle más de hora y media. Se nos había hecho realmente tarde. Me perdería la hora punta de la comida, uno de los momentos más lucrativos para vender la revista.

Como de costumbre, el paseo de cinco minutos hasta nuestro puesto junto a la estación del metro de Angel estuvo lleno de parones. Siempre ocurría lo mismo cuando Bob venía conmigo. A veces lo llevaba atado con una correa de cuero, pero lo más frecuente es que fuera encaramado a mis hombros mientras contemplaba el mundo con curiosidad, como un vigía desde el puesto de observación en la proa de un barco. Desde luego, no era algo que la gente estuviera acostumbrada a ver a diario, de modo que normalmente no podíamos dar ni tres pasos sin que alguien quisiera saludar y acariciar a Bob, o sacar una foto. Y no es que me molestase. Bob era un compañero carismático y llamativo y sabía que atraía la atención, siempre que esta fuera amistosa. Lamentablemente eso era algo que no se podía garantizar.

La primera persona en pararnos fue una señora rusa bajita que evidentemente tenía tan poca idea de tratar a los

gatos como yo de recitar poesía rusa.

—¡Oh, *koschka*, qué bonito! —dijo abordándonos en el pasaje de Camden, un callejón plagado de restaurantes, bares y tiendas de antigüedades que recorre la parte sur de Islington Green. Me paré para que pudiera saludarlo como es debido, pero ella inmediatamente estiró el brazo y trató de acariciar a Bob en el morro. No fue un movimiento muy astuto.

La inmediata reacción de Bob fue rechazarla, sacando una enfurecida garra y soltando un sonoro y enfático maullido. Afortunadamente no llegó a arañar a la señora, aunque la dejó un tanto temblorosa, por lo que tuve que dedicar varios minutos a asegurarme de que estaba bien.

—Es bien, es bien. Solo quería ser amiga —contestó la dama, pálida como una sábana. Era bastante mayor y me preocupaba que pudiera desplomarse allí mismo a causa de un ataque al corazón.

—Nunca debe hacerle eso a un animal, señora —le expliqué, sonriendo y tratando de ser lo más amable posible—. ¿Cómo reaccionaría usted si alguien tratara de ponerle las manos en la cara? Ha tenido suerte de que no le arañara.

—No quería disgustarle —alegó.

Sentí lástima por ella.

—Está bien, vosotros dos vais a intentar ser amigos —dije, tratando de actuar como mediador.

Al principio Bob se resistió. Había tomado una decisión. Pero poco a poco fue cediendo, permitiendo que ella le pasara la mano, muy suavemente, por la parte de atrás del cuello. La señora, que no dejaba de deshacerse en disculpas, no parecía querer marcharse nunca.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —repetía.

—No pasa nada —repose, desesperado por continuar la marcha.

Cuando por fin nos soltó y pudimos llegar hasta la boca de la estación del metro, coloqué mi mochila en el suelo

para que Bob pudiera tumbarse en ella —nuestra rutina habitual—, y luego me dispuse a sacar la pila de revistas que había comprado en el puesto del coordinador de *The Big Issue* de Islington Green el día anterior. Me había impuesto el objetivo de vender al menos dos docenas ese día, porque, como de costumbre, necesitaba dinero.

Muy pronto empecé a sentirme frustrado.

Unas amenazantes y plomizas nubes habían estado desplazándose por Londres desde media mañana y antes de que pudiera vender un solo ejemplar, los cielos se abrieron, obligándonos a Bob y a mí a refugiarnos unos pocos metros más abajo de nuestro puesto, en un pasaje subterráneo cerca de un banco y de algunos edificios de oficinas.

Bob es una criatura resistente, pero odia especialmente la lluvia, sobre todo cuando es fría y gélida como era la de ese día. Da la impresión de que se encoge en ella. Su brillante pelaje color mermelada de naranja también parece volverse un poco más gris y menos llamativo. Así que, como era de esperar, hubo menos personas de lo habitual que quisieran acercarse para hacerle carantoñas, por lo que también vendí menos revistas que de costumbre.

Como la lluvia no daba muestras de querer cesar, Bob enseguida dejó muy claro que no quería seguir allí. No paraba de fulminarme con la mirada y, como una especie de erizo pelirrojo, se hizo una bola. Yo había captado el mensaje, pero conocía la realidad. El fin de semana se acercaba y necesitaba sacar el suficiente dinero para poder ir tirando los dos. Sin embargo, mi montón de revistas aún seguía siendo tan grueso como cuando llegué.

Por si el día no fuera lo suficientemente malo, a media tarde un joven policía uniformado empezó a incordiarlos. No era la primera vez y sabía que no sería la última, pero hoy no era el día propicio. Conozco bien la ley y sabía que tenía todo el derecho a vender revistas ahí. Llevaba mi tarjeta de identificación como vendedor y, salvo que estuviera causando un alboroto público, podía vender revistas en ese

lugar desde el alba hasta el atardecer. Lamentablemente, él no parecía tener nada mejor que hacer e insistió en registrarme. No lograba imaginar lo que pensaba encontrar, presumiblemente drogas o alguna arma peligrosa, pero no encontró ninguna de las dos cosas.

No contento con eso, empezó a hacerme preguntas sobre Bob. Le expliqué que estaba legalmente registrado a mi nombre y que llevaba su microchip. Eso pareció empeorar su humor y se alejó con una mirada casi tan sombría como el tiempo.



Hubiera aguantado durante un par de horas más, pero en cuanto empezó a atardecer, en esa hora en que los ejecutivos se han marchado a casa y las calles empiezan a llenarse con bebedores y chicos buscando problemas, decidí marcharme de allí.

Estaba desalentado; apenas había vendido diez revistas, sacando solo una parte de lo que normalmente solía conseguir. Había vivido demasiado tiempo a base de judías en lata en oferta y pan de molde aún más barato como para saber que no me moriría de hambre. Tenía suficiente dinero para pagar el gas y la electricidad y comprar una o dos tarrinas de comida para Bob. Pero eso probablemente significaba que tendría que salir a trabajar también durante el fin de semana, algo que no tenía previsto hacer, sobre todo porque habían anunciado más lluvias y yo mismo me encontraba un poco resfriado.

Cuando me monté en el autobús de vuelta a casa, pude sentir los primeros síntomas de gripe corriendo por mis huesos. Me dolía el cuerpo y tenía violentos sofocos. Genial, esto es justo lo que necesito, pensé hundiéndome aún más en mi asiento y tratando de dar una cabezadita.

En ese momento, el cielo se había vuelto de un azul profundo y las farolas iluminaban la calle con toda su po-

tencia. Hay algo en la noche de Londres que siempre ha fascinado a Bob. Mientras entraba y salía de mi somnolencia, permaneció mirando por la ventanilla, perdido en su propio mundo.

El tráfico de vuelta a Tottenham era tan denso como lo había sido por la mañana y el autobús apenas avanzaba a paso de caracol. En alguna parte pasado Newington Green debí quedarme completamente dormido.

Me desperté sintiendo que algo me golpeaba suavemente en la pierna y notando el roce de unos bigotes en mi mejilla. Abrí los ojos y me encontré la cara de Bob muy cerca de la mía, a la vez que me daba golpecitos en la rodilla con su pata.

—¿Qué pasa? —le pregunté ligeramente atontado.

Él ladeó la cabeza como señalando hacia la parte delantera del autobús. Luego hizo amago de saltar del asiento al pasillo, lanzándome miradas de preocupación mientras lo hacía.

¿Adónde crees que vas?, estuve a punto de preguntarle. Entonces miré hacia la calle y comprendí dónde estábamos.

—Oh, mi\*\*da —exclamé, saltando fuera de mi asiento inmediatamente.

Agarré mi mochila y apreté el botón de parada justo a tiempo. Treinta segundos después y habría sido demasiado tarde. Si no hubiera sido por mi pequeño vigilante nocturno, nos habríamos pasado nuestra parada de autobús.

De camino a casa entré en el pequeño supermercado que abre hasta medianoche de la esquina de nuestra calle y compré un remedio barato contra la gripe. También adquirí algunas chucherías y un lote de la comida de pollo favorita de Bob —era lo menos que podía hacer, después de todo—. Había sido un día asqueroso y hubiera sido muy fácil compadecerme de mí mismo. Pero, de vuelta en el calor de mi pequeño apartamento de un dormitorio, observando a Bob engullir la comida, comprendí que, en realidad, no te-

nía ningún motivo para quejarme. Si me hubiera quedado dormido en el autobús más tiempo, habría podido acabar fácilmente a muchos kilómetros de casa. Miré por la ventana y advertí que el tiempo estaba, si es que eso era posible, empeorando aún más. De haber estado fuera con esta lluvia habría podido coger algo peor que una leve gripe. Había tenido suerte de escapar.

Sabía, también, que la suerte me había sonreído en otra cuestión más importante. Hay un viejo dicho según el cual un hombre sabio es alguien que no se lamenta por las cosas que no tiene, sino que da las gracias por las cosas buenas que tiene.

Después de cenar, me senté en el sofá, envuelto en una manta y bebiendo un ponche caliente hecho con miel, limón y agua hirviendo al que añadí un chorrito de whisky de una vieja muestra que tenía por casa. Miré a Bob roncando feliz en su sitio favorito junto al radiador, los problemas de las primeras horas del día olvidados hacía tiempo. En ese instante se le veía totalmente feliz. Me dije que debería ver el mundo de la misma forma y que en este momento de mi vida había muchas cosas buenas por las que sentirme agradecido.



Habían transcurrido algo más de dos años desde que encontré a Bob seriamente malherido en el vestíbulo de este mismo bloque de apartamentos. Cuando lo distinguí en la escasa luz del vestíbulo, parecía que hubiera sido atacado por otro animal. Tenía heridas en la parte de atrás de las patas y en el cuerpo.

Al principio creí que pertenecía a otra persona, pero —después de verle en el mismo lugar durante varios días— lo llevé a mi piso y lo cuidé hasta que se restableció. Tuve que gastar prácticamente todo el dinero que tenía en comprarle

medicinas, pero valió la pena. Disfruté mucho de su compañía y entre nosotros se creó un vínculo instantáneo.

Por entonces creía que sería una relación corta. Parecía un gato callejero, así que supuse que volvería a las calles. Pero él se negó a apartarse de mi lado. Todos los días lo llevaba fuera y trataba de que siguiera su camino, y todos los días me seguía calle abajo o se colaba en el vestíbulo por la tarde, invitándose a pasar la noche conmigo. Dicen que los gatos te eligen, y no al contrario. Yo comprendí que él me había elegido cuando, un día, me siguió hasta la parada del autobús de Tottenham High Road, a casi un kilómetro y medio. Estábamos lejos de casa cuando le hice gestos con las manos para que se fuera y esperé hasta que desapareció entre la bulliciosa muchedumbre, imaginando que esa sería la última vez que lo veía. Sin embargo, cuando el autobús se acercó, él surgió de alguna parte, y vi una ráfaga naranja subir a bordo y acomodarse en el asiento de mi lado. Y eso fue todo.

Desde entonces nos habíamos hecho inseparables, una pareja de almas perdidas ganándose la vida en las calles de Londres.

En realidad, sospecho que éramos almas gemelas, cada una ayudando a la otra a curar las heridas de nuestros turbulentos pasados. Yo le había dado a Bob compañía, alimentos y un lugar caliente donde reposar la cabeza por la noche y, a cambio, él me había aportado una nueva esperanza y un propósito para vivir. Había bendecido mi vida con lealtad, cariño y humor, así como un sentido de la responsabilidad que nunca antes había tenido. Además me había dado nuevas metas y ayudado a ver el mundo con mucha más claridad de lo que lo había estado haciendo durante mucho, mucho tiempo.

Durante más de una década había sido drogadicto, durmiendo en portales y refugios para los sin techo o en precarios alojamientos por todo Londres. Durante gran parte de esos años perdidos no fui consciente del mundo, inmer-

so como estaba en la heroína, anestesiado de la soledad y el dolor de cada día.

Como cualquier persona sin techo, me volví invisible en lo que respecta a la mayoría de la gente. En consecuencia, me olvidé de cómo funciona el mundo real y cómo interactuar con la gente en un montón de situaciones. En cierto sentido, me había deshumanizado. Estaba muerto para el mundo. Con la ayuda de Bob, estaba lentamente regresando a la vida. Había dado importantes pasos para eliminar mi drogadicción, desintoxicándome primero de la heroína y, luego, de la metadona. Aún tomaba medicación, pero podía ver la luz al final del túnel y esperaba quedar limpio muy pronto.

No fue una travesía fácil, todo lo contrario. Nunca lo es cuando un drogadicto trata de recuperarse. Aún tenía la costumbre de dar dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás y, en ese aspecto, trabajar en las calles no me ayudaba. No era precisamente un entorno que se destacara por la ternura humana. Los problemas estaban siempre acechando a la vuelta de la esquina, o al menos parecían estarlo para mí. Tengo un don para atraerlos. Siempre me ha pasado.



La verdad es que estaba desesperado por apartarme de esas calles y dejar atrás esa parte de mi vida. No tenía ni idea de cuándo o cómo eso sería posible, pero estaba decidido a intentarlo.

Por el momento, lo importante era apreciar lo que tenía. Puede que para los estándares de la mayoría de la gente no fuera gran cosa. Nunca había tenido demasiado dinero ni vivido en un ostentoso apartamento o poseído un coche. Pero mi vida estaba en una situación mucho mejor de la que había estado en un pasado reciente. Tenía mi apartamento y mi trabajo de vendedor de *The Big Issue*. Por primera vez en años iba en la buena dirección —y tenía a Bob para ofrecerme su amistad y guiarme por el buen camino.

Mientras me levantaba y me dirigía a la cama para acostarme pronto, me agaché y le acaricié suavemente en el cogote.

—¿Dónde demonios estaría yo sin ti, pequeño compañero?

## Capítulo 2. Nuevos trucos



Todos somos animales de costumbres y Bob y yo no somos una excepción. Nuestros días empiezan con una rutina sencilla. Algunas personas comienzan la mañana escuchando la radio, otras haciendo sus ejercicios o con una taza de té o café. Bob y yo empezamos la nuestra jugando juntos.

En cuanto me despierto y me incorporo en la cama, él sale disparado de su cojín en la esquina del dormitorio, viene a mi lado de la cama y me mira inquisitivamente. Casi inmediatamente empieza a ronronear, como el sonido sordo de un teléfono. *Brrrr, brrrr.*

Si eso no consigue atraer toda mi atención, entonces prueba a hacer otro ruido, uno ligeramente más lastimero y suplicante, una especie de *guaaah*. Algunas veces clava sus garras en el lateral del colchón y se sube a la cama quedando prácticamente a la altura de mis ojos.

Entonces lanza una pata en mi dirección, como si quisiera darme un codazo para que reconociera su mensaje: ¡no me ignores! Llevo siglos despierto y estoy hambriento, así que ¿dónde está mi desayuno? Si mi respuesta es demasiado lenta, a veces intensifica su amistosa ofensiva, actuando a lo «Gato con Botas», que es como lo he bautizado. Al igual que el personaje de las películas de *Shrek*, se queda